

4-104
Ni lógica ni dialéctica, sino polémica. ("Los Lunes de El Imparcial",
Madrid, 5 abril 1915).

Ni lógica ni dialéctica, sino polémica

El maestro Alejo de Venegas, en la primera mitad del siglo XVI, y en el capítulo XV del tercer punto de su «Agonia del tránsito de la muerte», al tratar de los vicios particulares y propios de cada nación, dice que los de España son cuatro y:

«El cuarto vicio es que la gente española ni sabe ni quiere saber; por el cual vicio no solamente no buscan quien les aconseje lo que les cumple; mas al que por caridad quiere dar consejo se suya, movido por lo que el eclesiástico dice (Ecles. XVII): a cada uno mando Dios que tuviese cuidado sobre su prójimo, en lugar de agradecimiento le dicen que mire sus ruecos y no se cure de los ajenos, como si fuesen ajenos al pie los cuales dé la cabeza. Deste vicio nació un refrán castellano, que en ninguna lengua del mundo se halla, sino en la española, en donde solamente se usa, que dice: «Dadme dineros y no consejo»; por donde nascen muchas ocasiones de muchos y grandes pecados.» (V. pag. 174 en el tomo I de «Cuestiones misticas españolas» de la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles».)

La gente española ni sabe ni quiere saber. Tentado estuve de contestar esto a un extranjero que me consultaba sobre cierta campaña de información que a propósito y cuenta de la guerra europea quería emprender en nuestra patria. Porque aquí apenas esa guerra estalló tomamos cada uno nuestro partido, los más sin estudio previo. Y lo que es peor, atendiendo no pocos, más que al derecho, a la eficacia. ¿Quién pega?, más de parte de ese mi preferencia. Aunque luego, cuando a su vez le peguen, no sea fácil volverse atrás.

Es triste, pero es justo decirlo, y no por que nos molestemos, siendo como es verdad, cuando algún extranjero nos lo diga, el estado de conciencia de no pocos españoles ante el problema de la guerra europea se revela en aquella típica frase que un escritor español ha puesto de relieve: «Vaya unos tíos!» La razón es la eficacia. Y tanto más nos entusiasma ésta, hecha omisión del derecho y la justicia, cuanto menos eficaces somos.

En general la gente española no quiere enterarse. ¿Para qué? Nos estorba la lógica, nos estorba la dialéctica también, nos estorba la polémica. Porque la polémica hace las veces de dialéctica, quiero decir que llena, aunque muy mal, el hueco de ésta en los espíritus de guerrillero-faccioso. Y aquí apenas hay quien no tenga alma de cabeilla-faccioso.

La cosa no es ni siquiera quedar encima, sino parecer quedar así al público simplón del partido que no lee más boletines que los de éste. Hasta el arriesgadísimo oficio de profeta, más o menos apocalíptico, a que todavía se dedican por aquí no pocos, no es entre nosotros tan arriesgado como podría en otra parte serlo. Se cuenta con que el buen público o no se entere luego de lo que en realidad ocurra o culpe a la Providencia divina que no cumplió su deber, dejando, a la

vez, mal al profeta. Aun hay quienes discuten quién venció en guerras de hace siglos.

La dialéctica está llena de contradicciones íntimas, y por eso es fecunda. La dialéctica es el proceso de las antinomias y las antítesis. La dialéctica es lo menos dogmático que cabe, y, por muy apasionada que sea, siempre, en el fondo, escéptica. La dialéctica supone el diálogo. Y es claro: la dialéctica carece de eficacia y de valor entre la gente española, que ni sabe ni quiere saber, y si discute y disputa mucho, dialoga—lo que se debe llamar diálogo—muy poco.

Nuestro campo de ejercicio mental es la polémica, la disputación. Se ensayaba una tesis y duro y a la cabeza! Nada de darse por vencido. Un argumento debe ser una especie de martillo «skoda» o de 420 un zepelin, o un submarino. ¡Vaya un tío!

Hace poco un profeta apocalíptico sentenciaba así: «Todo español anglófilo es hispanófilo!» ¡Pum! Ahí va mi sentencia dogmática, y al que no la acepta «anathema sit!»

Leí recientemente que un escritor inglés, no recuerdo cual, en cuanto oía o leía esta frase: «Como la Historia nos enseña...» exclamaba: «Este hombre va a mentir.» Y los argumentos, no razones, ¿eh?, que se suele sacar de la Historia son, en efecto, argumentos de abogado; esto es, de sofista. Quiero decir de un hombre que no va a investigar lo que haya, lo que resulte, sino que va a pretender probar una tesis previa, la de su cliente. Primero la propiación, y luego «more scholastico»; lo dé «ad primum sic proceditur». Es decir, sofistería. O abogacía, que es igual. O polémica.

La Historia es tan complaciente y doblegable como la Estadística; se presta a todo lo que se quiera hacer de ella y con ella; y lo mismo rinde argumentos al blanco que al negro y al gris. Argumentos, ¿eh?, lo que se llama argumentos y son muy otra cosa que razones. Mejor sería llamarles ejemplos. Porque lo que nos da la Historia, tal y como los polemistas la esgrimen, que son anécdotas, no sirven sino de «verbi gratia». Pero ellos, los polemistas, que de dialécticos nada tienen, se creen, o fingen creer, que con cuatro recuerdos históricos han dado fin y quito de la cuestión en liza. Y nada digamos de aquellas fantasmagóricas síntesis históricas que tanto se prestan a los fuegos artificiales de la retórica, con su final de traca y todo.

¿Es de extrañar el que nuestro pueblo, si no ha solido recibir otras enseñanzas que esas de la polemística abogadesca, conteste diciendo: «Dadme dineros y no consejos?»

«Aquí no investigamos; aquí disputamos», me decía una vez un amigo. No quita lo uno a lo otro—hube de contestarle—, sino que lo malo es que nuestra disputa no es, como podría serlo, una investigación; porque cada cual no oye, a falta de razones, ni aun los argumentos del adversario.

¿Y para qué enterarse?, preguntará alguien. A lo que otro contestará: para obrar en consonancia. A lo que el primero podrá argüir: como hagamos lo que hicieramos nos hemos siempre de arrepentir luego, lo más seguro y más cuerdo es no hacer nada. No pensar nada y no hacer nada; he aquí el remate. Es nuestro castizo nihilismo.

O.C.
Touco IV



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

de lógica ni dialéctica, sino polémica.



«No hay que creer que Dios estime al que hace más. Es más amado el que sea más humilde, más fiel y resignado.» «Cuán feliz será tu alma y cuán bien aplicada si internada en sí misma se está en su nada, allá en el centro o en la parte superior, sin advertir lo que hace, ni si está recogida o no, si camina bien o mal, si obra o no obra, sin mirar, ni pensar ni atender a cosa alguna sensible!» «Oh, qué gran obra será para tu alma el estar en oración las horas enteras, muda, resignada y humilde, sin hacer, sin saber ni querer entender nada!» Estas sentencias son de la «Guía espiritual», de aquel singularísimo varón aragonés que fué tan profundamente es-

pañol y se llamó Miguel de Molinos. El cual rejuveneció el quietismo.

Y el quietismo espiritual es muy adecuado para los polemistas. El que ha de ejercitarse con fruto en la polémica conviene, en efecto, que no se atormente demasiado con dudas ni inquietudes, porque entonces daría en dialéctico. Y el dialéctico suele prestar armas al que trata de combatirle. Naturalmente, cómo que se está él combatiendo a sí mismo de continuo.

El polemista ni sabe ni quiere saber; ¿para qué? Le basta con azucar su retablo de la libertad de Melisendra y poner unos muñecos de pim-para-pum—el agnoticismo, el monismo, el experimentalismo, el quietismo, el modernismo, el nacionalismo.—y luego, pelotazo acá y pelotazo allá con cuatro frases sonoras y media docena de anécdotas, ¡abajo con ellos! Y los papanatas traspuestos de puro encanto. ¿Para qué enterarse? No vale la pena.

Está por escribir todavía un ensayo sobre nuestros típicos guerrilleros del pensamiento: O si no se quiere del pensamiento, de la pura frase. Y esto de la frase pura, horra do lo que no sea frase, merece pararse en ello.

Y ¿para qué enterarse? «Cada cual mire sus quelos y no se cure de los ajenos.» «Yo para Dios y Dios para mí, y ¡no más mundo!», que dijo nuestro M. R. P. Fr. Juan de los Angeles. O como dicen por ahí: cada uno en su casa y Dios en la de todos, que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Y nosotros en la nuestra, quietecitos, recogidícos, resignados, humildes, sin pensar ni querer nada y con el mayor problema resuelto ya de antemano. Y para solazarnos, polémica de guerrilleros, que de la dialéctica, librenos Dios!

Quedamos, pues, en que ya en el siglo XVI dejó dicho el maestro Alejo de Venegas que el cuarto vicio de la gente española es que ni sabe ni quiere saber. Acaso por creerse que nace sabiendo lo único que le importa: ¡Oh, la tradición!

Miguel de UNAMUNO

